Con tal grandeza y premura,
Que, más que del tiempo empresa,
Parece en cámara oscura
Hermosísima pintura
Que el espíritu embelesa. . . !

Obra fué de esos gigantes
Que aquí nos antecedieron,
Y de su patria distantes,
Las páginas más brillantes
De nuestra historia escribieron:

Plebeyos y sin blasones,
Con la fé del patriotismo
Domaron estas regiones,
Dando á las generaciones
Asombro con su heroismo.

Ricos y vastos imperios
Para su patria fundaron:
Sobre idólatras misterios,
La fé de ambos hemisferios
Para su Dios igualaron. . . !

Y allí donde destruian
Los monumentos gentiles
Porque su paso impedian,
Otros más bellos, á miles,
A su paso renacian. . . !

¡Extraños conquistadores!
Con sábias leyes borraban
De la guerra los horrores,
Y á los esclavos libraban
Del yugo de sus señores,

Trocando la ceguedad
Por la luz en los libertos;
En dulzura, su impiedad;
Su abyeccion, en sociedad,
Y en verjeles, sus desiertos!

Y el regalo que á la vida
Estas regiones ofrecen,
Fué aumentándose á medida
Que á planta desconocida
Clima y tierra favorecen;

Descanso al hombre y sustento,
Le procuraron leales
Desconocido elemento
En útiles animales
Y en todo fabril invento:

Ciudadano respetado
Llegó á verse, el que en su tierra
Vióse pária despreciado;
Y, en fin, hombre emancipado
Quien bruto sirvió en la guerra. . . .

Y no hay argucia sutil
Que esta ventaja desmienta;
El hombre es esclavo vil,
Aun en su patria, si alienta
Sin su derecho civil. . . .

Y acá en este Continente,
Si la historia no nos miente,
Aunque en la lucha era bravo,
Más que pueblo independiente
Era de siervos esclavo.

Al lidiar con bizarría,
No por patria é independencia,
Cual se dice, combatia;
Por miedo solo cumplia
De su señor la exigencia.

Sin la augusta religion
Que hoy á comprender alcanza,
Sin la luz que á su razon
Hizo entrever la esperanza
De próxima redencion,

Pese al sentimentalismo
De empíricos patriotas,
Tal pueblo, en su fatalismo,
Nunca sintió más civismo
Que el que sienten los ilotas. . . .

Esclavo en su patria fuera
De condicion tan mezquina,
Que bestia le considera,
Sin que él su esencia divina
Ni por instinto sintiera. . . .

Para el regalo alcanzar
El perezoso ó rüin,
¡Iba en su jaula á engordar
Para servir de manjar
A su dueño en un festin!

Sus semidioses tiranos,
Cuando á sus piés le veían
Servir sus gustos livianos,
Acaso no presumian
Que eran de aquel pueblo hermanos;

Y el sacerdote, sediento
De sangre en su horrible oficio,
Para su rito sangriento,
Le juzgaba emolumento
Del ara del sacrificio. . . !

¿Qué más? sus dioses traidores
Si propicios se volvian
En favor de los señores,
El sacrificio pedian
Del pária, por su favores. . . !

¡Hermosa fé del cristiano,
Cuán diferente tu luz
Alumbra al género humano!
Interponiendo una cruz
Entre el siervo y el tirano,

Has hecho que acepto sea
De siervo y señor, constante
El sentimiento, la idea,
A Dios que al hombre procrea
De sí mismo semejante. . . !

Y en vez de sangre y horror
Solo exige al ser humano,
Grande ó pequeño, el amor,
La caridad, que un hermano
Tuviera de otro en favor. . . .

Despues, de Dios la presencia,
Tras este existir tan breve,
Ofrécele en su clemencia
Al que, cual fué su conciencia,
Limpio el espíritu lleve. . . !

Hoy, esa luz al indiano
Por recto camino guía,
De su sér social ufano,
Que nunca le diera, es llano,
Su salvaje autonomía:

Hoy trabaja en su provecho,
Y patria y familia tiene,
Y á sus destinos derecho;
Y su libertad aviene
Con su deber, satisfecho. . . .

Si su modesto aspirar
Humilde le hace vivir,
Nada le impide á un lugar
Cuando lo intenta, llegar,
Ni estorba su porvenir.

Por ley civil destinada,
En su nueva fé apoyada,
A protegerle, ha adquirido
Experiencia, buen sentido,
Y vida morigerada.

De sus maestros modelo
En piedad, constancia y juicio,
A Dios y al César, con celo,
Del fruto de su desvelo
Dá lo que es en beneficio.

Franco á todo honesto goce,
Nadie el camino le cierra;
Ya los tesoros conoce
Que guarda su rica tierra,
Merced á ilustrado roce;

A explotarlos ha aprendido,
Y, por lucro ó por recreo,
Aclimatar ha podido
Otros que acá el europeo
Con la conquista ha traido:

Vive, en fin, sin ambicion,
Pero tranquilo y honrado;
Feliz con su religion,
É inscrito en la comunion
Del mundo civilizado. . . .

Que el cambio fué ventajoso,
Trescientos años de calma
Lo demuestran al dudoso:
Ganó la paz de su alma,
Y de su cuerpo el reposo. . . .

Pues bien; obra tan gigante,
Que en las edades remotas
Creyeran digna de Atlante,
Lo fué de un puñado errante
De nuestros compatriotas. . . .

En esfuerzo sobrehumano,
Y en maravillas fecundo,
Logró aquí el valor hispano
El dominio soberano
De un continente, de un mundo!

Y al dominio material
No limitó su mision;
Cambió, sin fuerza brutal,
De un mundo la faz social,
El sér, y la religion. . . !

Obra de tal magnitud,
Con tal fortuna acabada
Por tan exígua mesnada,
Más que de humana virtud,
Obra es por Dios decretada;

Y el que por juzgarla aleve
Ande de argucias en pos,
Por sutiles que las lleve,
¡Ese menguado se atreve
Contra los juicios de Dios. . . !

Obra es suya, y á sus fines,
Para empresa tan extraña,
De la Europa en los confines
Escogió sus paladines
Entre los hijos de España.

Ningun pueblo mereció
Fijar de Dios la memoria
Con mejor título, no;
¡Que ese pueblo peleó
Ocho siglos por su gloria!